

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO.

EL ABISMO

DE LAS FLORES DE SANGRE
O LA MALINCHE
Y XICOTENCAT



MAUCCI H^{os}

MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL ABISMO DELAS FLORES DE SANGRE

ó

La Malinche y Xicotencatl

por

HERIBERTO FRIAS

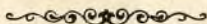


MÉXICO

Mauceli Hermanos.—Primera del Relex, 1
1900



El abismo de las flores de sangre



¡Qué hermosa es la historia de nuestra adorada patria mexicana!...

Vais á gozar, amables lectores, con el episodio bellísimo que tengo que referir ahora y que cuenta una leyenda muy fantástica; pero también instructiva con geroglíficos interesantes.

Celebrábase un rico festín en las cercanías de Tlaxcala, con el cual festejaban los denodados héroes españoles sus triunfos.

No obstante la fiesta, reinaba inquietud y desatiento entre las huestes del

Conquistador. Diríase que un presentimiento lúgubre abatía aquellos espíritus varoniles.

De repente, un ruido atronador oyóse á los lejos. Parecía que algo muy fuerte y resistente cediese y se desgajase con espantoso crujido.

¿Qué pasaba? ¿Qué enorme catástrofe acaecía? ¿Qué estaba ocurriendo?

*
* *

Hubo tal pánico, hubo tal espanto entre los oficiales que muchos supusieron que ya el ejército mexicano se acercaba furibundo á sorprender los campamentos españoles...

La fiesta había terminado... todos los soldados españoles se levantaron de la gran mesa del banquete aún sin haber terminado de beber el delicioso vino que su capitán reservaba tan solo para las grandes y mas solemnes ocasiones...

Y ya iban á partir cuando de nuevo llega corriendo hasta el toldo magnífico

donde se preparaba el festín la misma bella india... la misma á quien todos llamaban Mallinche, la Lengua, porque ella interpretaba lo que decían los aztecas... ¡Era aquella linda y primorosa mujer que le regalaron á Cortés los señores adustos de Tabasco después de que los derrotó en Centla, era la inteligente esclava Mallinalli que había sido noble. (1)

*
* *

—¡Calma, compañeros!... ¡Valor, amigos míos! ¡Fe en nuestra causa!... ¿á qué requerir las armas si ningún ejército nos amenaza? ¡Calma!—gritó Cortés cuando vió que la bella esclava, aunque sudorosa y llena de fatiga en su tranquilidad le miraba sonriendo.

¿Qué pasaba?

¿Qué significaba en medio de aquel magnífico festín, bajo los toldos de fres-

(1) Véase el curiosísimo episodio 'Historia de la bella Malitzin' que forma parte de la colección de la Biblioteca del Niño Mexicano.



cas enramadas de tules, ramajes de sauces, ahuehuets, y enfloradas guirnaldas primorosas con flores raras y exquisitas que aromaban el ambiente?... ¿qué significaba aquel furioso estruendo de cataclismo?... ¿Por qué era tan espantoso que los mismos valientes capitanes españoles habían huido pronto para armarse mejor,

ceñir sus largas tizonas y enjaezar sus bridones?

La hermosa Malinche, exclamó, dirigiendo á Hernán Cortés una mirada enternecida con el profundo amor y la honda gratitud que le profesaba por haber sido ella apartada del tosco y sangriento culto de los ídolos sanguinarios de los aztecas... ¡Oh, sí!... con ese amor y esa ternura eterna que la Malinche tuvo para su amo el capitán, dirigió estas palabras que fueron traducidas por el otro intérprete:

—Gran Tecuhtli... gran Señor y Capitán... te advierto que he podido llegar hasta la entrada de Tlaxcala... por el jardín que conduce á la puerta de la ciudad... pero en ese jardín...

Ya no pudo decir mas la hermosa Malinche. Sus palabras quedaron ahogadas repentinamente en su garganta como si hubiesen sido cortadas por un rayo.

Reinó un repentino silencio.

—Sigue, Marina,—dijo Hernán Cortés.
—¿Qué te pasa?

Doña Marina, como ya era llamada la esclava Malitzin volvió á guardar un absoluto silencio, mientras Cortés levantaba ya los brazos al cielo, amenazando descargarlos sobre la pobre esclava; mas he aquí que comprende la causa del pánico de su esclava, mirando frente al campamento la gallarda figura de Xicotencatl, el capitán más bravo del Anahuac.

— ¡Calla, vil y repugnante esclava que te has vendido al extranjero, enemigo eterno de nuestra raza!... Calla infeliz Malinali... Yo te conozco bien... Yo sé que tú por tu juventud y tu belleza pecadora y perversa, astuta como la de las ardillas de los campos; has ido siendo vendida de amo en amo, despreciada por uno y adorada por otros, temida de todos porque eres mas mala que las serpientillas ligeras y verdosas que corren por entre los gramales... ¡Calla miserable Malinalli!... no entregues con tu preciosa y pícara viveza, el genio del patriotismo tlaxcalteca á tus secretas ansias de

venganza... Deja que obren los destinos, y si hemos de perecer los príncipes, los sagrados tecuhtlis del Anahuac, que perezcamos con honor, fuertes y soberbios delante de estos poderosos extranjeros blancos que se dicen hijos del Sol... descendientes del gran Quetzalcoatl... ¡falsos semi-dioses á quienes un día haré besar el polvo de nuestras sagradas tierras!... ¡Calla Malinali!...

Y el grandioso Xicotencatl al pronunciar estas palabras se cruzó de brazos majestuosamente, altanero, mirando cara á cara á la Malinche, mientras Hernán Cortés, estupefacto, rodeado de sus oficiales y soldados, cerca de la mesa del festín, esperaba que su intérprete le dijera las palabras del recién llegado noble tlaxcalteca.

· · · · ·
Pero Malitzin, la bella esclava y compañera de Cortés que con tan halagüeñas frases le hablara primero, herida por la potencia del príncipe Xicotencatl siguió guardando silencio...



—¡Habla, Marinal—gritó Cortés.

—No hables, Malinali,—rugió Xicotencatl en nahuatl, pero con tal acento que bien se pudo saber lo que significó su frase dicha en aquel idioma.

La Malinche no pronunció una palabra mas; y entonces el capitán español se dirigió al capitán tlaxcalteca diciéndole:

—¿Está abierta la capital de la Repú-

blica de Tlaxcalla á los representantes del emperador mas grande del mundo?

—¡Están abiertas, pasa, poderoso tecuhtli! El Senado me ordena indicarte por donde se entra, y te lo voy á decir para que luego que los tuyos terminen su festín, se dirijan á Tlaxcala... ¡Ven, ven, tecuhtli famoso!...

Al oir—traducidas, como siempre, por Aguilar el intérprete y Marina ó la Malinche quien al fin habló,—al oir Cortés estas palabras mandó traer su caballo, su lanza y rodela; se encasquetó su soberbio casco de acero con regios plumajes blancos y rojos; se ciñó ajustándose con fuerza la coraza, limpia y resplandeciente; y puestas las espuelas, marcial y hermoso, sobre el fogoso animal, que caracoleaba, arrojando espuma, jadeante, avanzó por una calzada florida y primorosísima, entre inmensos verjeles que parecían conducir al héroe de la conquista, no á la puerta de una ciudad enemiga, sino á un encantado y divino paraíso de felicidad y amor...

Delante de él, á pasos de gigante galopaba Xicotencatl el hijo del anciano guerrero y senador que luchaba también por la República de Tlaxcala, enemiga siempre de México, al lado del caudillo español iba, tranquila y hermosa, sonriente y dispuesta á todos los sacrificios la Mallinche...

Hernán, amigos míos, no quería dar muestra de ningún temor, por eso marchaba solo... Con gran asombro y admiración lo vieron partir sus soldados... ¿A dónde iba?...

¡Quien sabe!... Acaso á tener una entrevista con algún rey... Como lo vieron ir con su armadura luciente, su lanza de lujo que era hermosísima y su caballo que galopaba briosamente, relinchando en el espacio. Y además como vieron que le acompañaba la hermosa Mallitzin, la de los negros y magníficos ojos, creyeron todos que se trataba de un paseo.

Y á todos se les quitó el terror que tenían después del festín.

Y sucedió, mis buenos amiguitos, que

los oficiales siguieron alegres esperando la llegada de su capitán, pero vino la noche, y él no llegaba. ¿Qué sucedía?...

—Está de paseo. No hay cuidado; le acompaña su caballo, su lanza y su esclava Marina que tanto le ama. Y además un guerrero de tlaxcalla, algún traidor...

—Cuando se fué tan solo es porque creía en el triunfo—exclamó un hidalgo.

—Fué á visitar el palacio de Oro donde hay cuevas llenas de diamantes, rubíes y esmeraldas—dijo otro soldado.

—Pero para nosotros no traerá sino malas palabras—gruñó un descontento.

—Tengamos confianza en él. Es valiente como todos nosotros juntos; sagaz como ninguno, terco y duro, ingenioso y afortunado como todos los diablos.

—¡Calle el blasfemo!—gritó entonces Fray Bartolomé de Olmedo, que era el capellán que guiaba en la conquista á los aventureros.

Entonces se oyó de nuevo un rumor



sordo y acompasado... ¡era el galopar de un caballo!

¿El capitán llegaba?

—¡Viva nuestro capitán! ¡Bendito el Señor San Pedro, su patrón!—gritaron varias voces á un tiempo.

Mas cual sería la sorpresa de todos cuando vieron llegar sobre el caballo de Cortés no á este capitán, sino á Marina.

Ella ágilmente sentada, dirigía la bestia. Y entonces gritó Mallitzin:

—¡Xicotencatl le ha hundido en un abismo allá! ¡Corramos á salvarle!

¡Qué espanto, qué cólera, qué confusión se verificó entonces entre los soldados del campamento español!

—¡A salvar á nuestro capitán! ¡Sus! ¡A las armas! ¡A las armas! Todos, pronto, pronto... ¡A las armas! Que no se pase lista. Todos allá.

Y hubo una precipitación espantosa mientras de repente vieron todos que Marina se dirigía al galope hacia el lugar señalado. ¡Extraña acción!

Pronto estuvieron listos todos. ¡A salvar á Hernán Cortés!... Pero ¿y Marina?

Había partido en el mismo caballo de Cortés.

Y ¿á dónde estaba el sombrío lugar donde había caído? Nadie lo sabía.

—¡Adelante y Dios nos ayude!—gritó Pedro de Alvarado.—Iremos hacia la calzada de las flores blancas...—Y se puso en marcha la fuerte columna, llevando á

su frente á los jinetes en sus soberbios caballos y los cañones á retaguardia, con una buena escolta de peones.

—¡Detenéos, detenéos, detenéos!—gritó una voz que parecía salir de la tierra.

Era la voz de Hernán Cortés. Mas ¿de dónde surgía?

—¡Mirad, mirad, mirad!—exclamó Sandoval, señalando entre un bosquecillo la cabeza del caballo de Cortés encajada en la punta de su lanza. ¡Aun chorreaba sangre!

—¡Misericordia... Maldición... Venganza!...—rugieron los españoles al contemplar aquello.

Pero, ¿y su jefe? Pronto lo encontraron, tendido y ensangrentado en el fondo de una barranca... de una barranca oculta traidoramente por miles de flores bellísimas, á su lado yacía, moribunda también Mallitzin, tendiéndole la mano.

El caudillo se había salvado, estando á punto de morir á las puertas de Tlaxcala.

⊙ BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ⊙

Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo